

*Roberto Brenes Mesón*

# LÁZARO DE BETANIA

*Escritores Costarricenses*



**EDEL**

## ROBERTO BRENES MESÉN



## LÁZARO DE BETANIA

1. —*Estaba entonces enfermo uno llamado Lázaro, de Bethania, la aldea de María y de Marta su hermana.*
2. —*(Y María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, era la que ungió al Señor con unguento, y limpió sus pies con sus cabellos).*

*San Juan, XI, 1-2.*

### Version 1.01 EDEL – Editorial Electrónica

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

## [I EL VIAJERO]

LAS ULTIMAS brisas de la tarde que vienen del Noroeste, de más allá de Jerusalén, sacuden las menudas hojas de los mirtos, el verdor apagado de los olivos que sombrean el sacro monte, hacia el repecho breve que da alcance a su cima.

Camina con lentitud el viajero. Las dos flotantes puntas de su turbante immaculado le caen por la espalda, agitándose sobre el manto de púrpura de Babilonia.

Cuando corona su figura procerca la reducida meseta vuelve a mirar del lado de Jerusalén: en el horizonte ha dejado como en olvido, un reguero de brasas ardientes al sol.

La belleza, la majestad de este hombre evoca fragancias del Líbano.

Mira del lado del Norte los montes de Efraín cubiertos aún por el encaje sutil de un volante de luz; hacia el oriente divisa, ahogándose en sombra, el camino que corre de Jerusalén a Jericó. Detrás de las ya próximas colinas él sabe que se oculta Betania.

La voz del cuerno de un pastor le hace un llamamiento hacia el valle, donde ve las pequeñas manchas errantes de los rebaños. Se apodera de él una emoción extraña: es como si muchos dulces recuerdos de niñez hubiesen naufragado en su alma.

Cuando comienza a descender del monte, a poca distancia del sendero, a su izquierda, ve un santuario, al parecer, de peregrinos. Encamínase a él. Tres mujeres oran. Al arrodillarse el viajero descúbrese la cabeza: sus rizos de ébano rózanle los hombros. Las tres mujeres, simultáneamente, le miran. Sin aquel manto purpúreo dirían que es un esenio. Pero hay una imponente majestad en este rostro bello y sereno que contrasta con la seráfica humildad de los viejos esenios.

## [II EL MAESTRO]

LA SEMICLARIDAD de un crepúsculo presuroso va desvaneciéndose. Las ligeras frondas de los olivos se hacen más oscuras; hay como una lenta filtración de la noche en torno del santuario. Una tras otra las tres mujeres se levantan y parten. Minutos después el viajero también se levanta. La sonda de su mirada cae sobre las sombras vaporosas del horizonte, hacia Engadí.

Es una arábica diadema de plata el fragmento de luna suspendido allá lejos, sobre las tierras de Emaus. Hay una tibieza fragante en el aire. De lino sirio, poderoso e intangible, parecen ser las ataduras del hechizo que fija los pasos y los pensamientos del viajero a este encantado Monte de los Olivos.

No se da prisa en descender. No es aire lo que respira en este sitio: es santidad, son recuerdos diluidos en su ambiente.

A medida que los instantes fluyen hacia la sombra de la noche se hacen visibles las imágenes en su alma; luego se hacen evidentes en el paisaje. Comprende entonces la situación del santuario.

"¡Oh! ¡sí! ¡aquí está!", exclama y cae de hinojos sobre la yerba, a un lado del sendero y a pocos pasos del santuario. Una luz tenue, maravillosamente dulce a los ojos, está allí, emanando como de un esbozo castamente fúlgido: es la figura del Maestro recortada en el éter sutilísimo; el aura que sopla no hace titilar ni esfumarse los contornos nítidos de aquella silueta circunscrita como con una hebra de oro. Se hace adorante el alma del viajero. La imagen que consigo ha llevado todo este tiempo atrás está aquí también, fuera de su alma, en el más bello lugar del Monte de los Olivos.

Su corazón palpita con urgencia, como una golondrina prisionera en la estación emigratoria. Esta que allí ve es la imborrable, la inmarcescible imagen que ha constituido la íntima vitalidad de su corazón, la aspiración permanente de su espíritu. Así le vio él, radiante, como tallado en la luz de un mediodía de Siria, aquella tarde, ocho años antes, cuando con el Maestro cenó en la casa de Simón.

Sus meditaciones se amplifican en círculos apacibles, como si en las aguas serenas de su mente hubiese caído, limpia y fúlgea, la pieza de oro de un recuerdo. Esencia de nardos llena el aire, como si se hubiesen derramado en él todos los jardines de Betania.

### [III HABLA CON UNA DE LAS MUJERES]

UN LEVE ruido, cual de roce de lino entre zarzas, quiebra el encanto de su éxtasis. Es una de las tres mujeres que ha vuelto y está allí, anonadada de felicidad, a pocos pasos del extranjero, arrodillada, con las dos estrellas de sus ojos fijas en la dirección de la imagen del Maestro.

¿Tendrá ella la misma visión? ¿Es, entonces, una realidad luminosa para todos los ojos de la carne? Una levísima corriente, como un dulce soplo de lo alto recórrele la columna dorsal. Es el estremecimiento del cuerpo en la proximidad de un vuelo angélico. Reconoce al punto que hay una poderosa actividad espiritual en tomo. Hace una rápida invocación de amor y se levanta. Comienza su descenso lentamente; no quisiera turbar la atmósfera circundante. La arábica diadema de luna riela sobre los follajes de los mirtos y los olivos, entre los cuales parece flotar, bajando, la túnica blanca de una mujer, detrás del extranjero.

Cuando éste se da cuenta de ello se detiene. Espera. Al acercarse la mujer él pregunta:

—¿Vienes a menudo a este santuario?

—Mañana y tarde, Rabí.

—Luego ¿vives en la vecindad?

—Aquí cerca, en Betania, Rabí.

Un silencio echa a andar, con pasos de luna, por delante de ellos. El extranjero y la mujer emprenden de nuevo el descenso. Ahora la gradiente es suavísima; van entrando en el vallecillo donde se halla asentada Betania. De nuevo él pregunta:

—¿Suelen venir muchos devotos a este santuario?

—No ahora, Rabí.

—¿Vinieron más en otro tiempo?

—Cuando recién construido, sí, Rabí.

—¿No es muy antiguo este santuario?

—No, Rabí. Unas pocas mujeres le construimos cuando los amigos y discípulos del Maestro, a causa de las persecuciones del Sanedrín, se vieron precisados a huir.

—¿Conociste tú al Maestro?

—Tarde y mañana le veo y le adoro, Rabí.

—¿Le ves tú?

—Sí, como le vio el Rabí esta noche; si bien un poco menos luminoso que esta noche.

El silencio echa a andar de nuevo por delante de ellos. Pronto desembocan en el camino público que va de Betania a Jerusalén. Entonces es ella quien habla:

—¿Se dirige a Betania el Rabí? —Voy para Betania. Pero, oye, no soy Rabí. —  
¡Perdonadme entonces, Príncipe! El extranjero, asombrado, la mira fijamente. Esta vez la luna ilumina la parte del rostro que la deja libre el manto con que se envuelve. Es bella como una rosa de los vergeles de Jericó; sus miradas dulces como las pasas de Engadí. De una cítara escondida en el pecho le brota la voz. Flexible tallo de papiro es su cuerpo, de los papiros egipcios trasplantados en las orillas del Jordán. El extranjero pregunta:

—¿Vendrás tú por la mañana? —Todas las mañanas, cuando el sol se levanta, me visita en el santuario. Mañana también vendré, Príncipe.

—Mujer, no me llames Príncipe. No soy Príncipe ni Rabí.

Ella baja un velo sobre su rostro y apresura su paso. Se adelanta, se aleja. Ya están en las estrechas calles de Betania.

## [IV LA CASA DE SIMÓN]

EL EXTRANJERO parece orientarse. Una sabiduría instintiva, inconsciente de sí misma, le conduce con seguridad. De pronto, en una de las más hermosas casas de la pequeña ciudad, se detiene. Llama a la puerta. Le abre una doncella de unos veinte años.

—¿Es esta la casa de Simón?—pregunta el extranjero.

—Esta es. Pero él no está.

—No importa, entraré.—Dijo, entrando en el estrecho aposento en donde una lámpara de aceite, en vaso de arcilla, derrama una claridad de palidez amarillenta. Retírase la moza. Aparece el ama. Una mujer de unos cincuenta años, que conserva aún los vestigios de una hermosura desvanecida.

El extranjero habla:

—He venido a buscar la hospitalidad de Simón. Sé que no está. ¿Eres tú su hermana Sara?

Lazos de sorpresa atan las palabras de esta buena mujer. ¿Quién es este Rabí que así la conoce y trata? Alguna vez había ella visto la nobleza de esta fisonomía. Pero su memoria es rebelde. Logra al fin responder:

—Sí, soy la hermana de Simón, Sara. —Entonces pasará aquí la noche. No precisamente aquí. Quiero que me conduzcas al salón donde hicimos la última cena con el Maestro.

Al oír estas palabras una mañana de alegría baña el rostro de Sara. Ella pregunta: —¿Eres acaso uno de los once? —No. Soy Lázaro de Betania. Sara da un paso hacia Lázaro. Sus ojos hermosos arrullan como dos palomas.

—¿Eres Lázaro? ¿Vienes llegando? ¿Te persiguen? ¡Di, di!

Lázaro sonreía, moviendo la cabeza en señal de negación. Sara no sale de su asombro. Sus miradas son una fuente de admiración manando silenciosamente en torno de este hombre maravillosamente hermoso.

—No me persiguen. Nadie me conoce. Tú misma dudas.

—Lázaro era menos bello que tú. ¡David! Si dijese que eres David yo te creería. ¡Lázaro! ¿Pero de verdad eres Lázaro? Yo le conocí desde niño. Era apuesto. De mancebo a todos gustaba. El Maestro lo amó hasta las lágrimas. ¿Por qué dices tú... ?

Se adelanta éste; seguido de Sara pasa al aposento inmediato. Sobre el testero de un ancho canapé arroja su manto de púrpura, deja su turbante de lino. Una cabellera rizada enmarca su rostro, ceñido de una barba breve, negra, a la manera de los esenios, cuya túnica de lino blanca también lleva. Su belleza extraordinaria hace pensar en David, en Adonías. Tiene de rey, tiene de profeta la hermosura de su prestancia.

Se sienta. Sara ordena a Abisag —la doncella que abriera la puerta— traer agua, unguento y linos.

Cuando les ha traído Abisag enciende los dos candelabros de plata que hay en el salón. Sara, sentada sobre un cojín hecho de céspedes, traído ríe Damasco, descalza de sus sandalias a Lázaro, con un sonriente semblante de devoción, de maternal solicitud. Mientras tanto, él mira el aposento. Nada le parece nuevo; sin embargo, nada reconoce, nada recuerda haber visto antes.

Sara examina las sandalias. Son ricas, mullidas, acolchadas, con suelas de hojas de palmera.

Los pies blancos adquieren un brillo de esmalte bajo la onda de agua fresca con que les lava. Luego los enjuga; los unge; así ungidos les retiene con la blanda ternura con que se aprisionan dos mansas palomas entre las manos. Sara rompe el Silencio:

—¿Han viajado mucho estos pies? —Sara, conversaremos luego. Desde que he entrado en esta casa va alzándose dentro de mi alma una colina de pensamientos. Llévame al comedor de la cena con el Maestro.

Sara acaba de secar muellemente aquellos pies, que ya le son amados, con delicado lino de Arabia. Luego habla:

—Espera. Quiero verle antes; sólo de tarde en tarde, para limpiarle, entro yo.

Mientras Lázaro ata sus sandalias, Sara va a encender y poner luces en los candelabros de la siempre cerrada cámara que se aderezó para la cena del Maestro y sus amigos en la noche que precedió a su partida a Jerusalén, seis días antes de la Pascua.

Sara retorna por una puerta oculta tras un tapiz de pelo de cabra. En pos de Sara entra un suspiro de nardos que viene de aquella cámara. El aire hácese fragante; toda la casa, pronto, queda como sumergida en la corola de una azucena del valle del Jordán.



## [V EL CENÁCULO]

A LA MUDA invitación de Sara levántase Lázaro y entra en este nuevo aposento.

Su memoria abre las alas; de un sólo impulso atraviesa los ocho años de ausencia y se mira, como ahora, sentándose en el lado opuesto al sitio de Jesús, frente a frente de Juan, el bien amado, que solía reclinar la cabeza sobre los hombros pacientes, paternales del Maestro. Ahora no sabe Lázaro si ve o si recuerda, tan reales son las imágenes en su entendimiento. Sus miradas recorren todos los detalles de la cámara: los muros, los amplios artesones del cielo, trabajados en cedro oloroso, la mesa de nogal, dos altos sillones, los canapés, la estera de colores apagados ya, la alhacena de ciprés empotrada en uno de los muros. Todo como entonces. Perdida la noción del tiempo transcurrido parecele que oye aún las palabras del Maestro.

Durante la cena alguno de los presentes habíale pedido explicación de la resurrección por Él operada pocos días antes. El Maestro había declarado el sentimiento recóndito de sus palabras tantas veces dichas:

"Tengo todavía muchas cosas que deciros, pero no podéis sufrirlas ahora". "Os he dicho también —continúe— que en la casa de mi Padre muchas moradas hay. Nadie puede entrar en todas ellas a la vez. La sabiduría es como la luz en la casa de mi Padre; hay que adiestrar los ojos del alma para verla. La sabiduría se alcanza por crecimiento interno. Es como la madurez de los frutos, se produce de adentro para afuera. La casa de mi Padre es vuestra casa y Su voluntad es que conozcamos todas las moradas de esta casa. El tránsito por esta vida es para conocer una de las más bellas moradas de la casa de mi Padre. Por eso os he dicho, el que ama su vida la perderá. Porque detenido, extraviado en medio de los encantos de esta morada olvidará que hay otras moradas y perecerá con las cosas perecederas de ésta. Una y otra vez visitamos las moradas de la casa de mi Padre para hacer una con nosotros la sabiduría esencial de la casa de mi Padre. A vosotros ya os puedo confiar que también son muchas las casas de mi Padre.

El paso de una morada a otra morada es muerte y es nacimiento. El sueño es una muerte pasajera. El tránsito de Lázaro a la siguiente morada de mi Padre fue una muerte en esta morada donde ahora me escucháis y un nacimiento en la próxima donde yo tengo discípulos y vosotros tenéis compañeros. Cuando me alejo de vosotros y oro, también enseño. No a vosotros, sino a los otros que también me siguen como vosotros me seguís". Al llegar ahí el Maestro había pedido a Lázaro retirarse de la sala. Lázaro no debía oír el resto de la explicación. Cuando le hicieron volver, todos los convidados le miraban con tierna amistad y admiración.

Lázaro ve luego la partida de los invitados y el pequeño grupo que dormirá en casa de

Simón de Betania: el Maestro, el bien amado joven Juan y él mismo, Lázaro. Ahora es el hermoso Juan quien habla. Su conocimiento es de las cosas divinas y del amor. Juan ama en el Maestro la misión, la celestial sabiduría; pero también ama su perfecta belleza. La devoción por el Maestro no le parece completa si no siente la presión de su mano, el apoyo de su brazo cuando camina, si no se reclina sobre su hombro o no posa su cabeza en el regazo, cuando sentados, a la sombra de los árboles en los caminos o en las casas de los amigos. Juan es la juventud, la belleza, la amorosa devoción femenina en el conjunto.

## [VI LA CENA DE LÁZARO]

NO HA VISTO, mientras tanto, Lázaro que Sara le ha traído frutas y pan para su cena. Los higos hermosos, lucios, de un morado oscuro dejan gustar su miel; los duraznos son de un rosado encendido, mejillas son de vírgenes de Jerusalén. Higos y duraznos de los huertos de Betania, que los dátiles son de los buenos de Damasco. El pan blanco, fresco, murmura de los brazos de Sara que han amasado su harina.

—¡Come Lázaro!— le dice Sara. Como un estandarte al viento tiembla el suspiro de Lázaro. Ligerísimo velo teñido de granada acentúa la tersura de su tez. Alza a mirar a Sara. Dícele:

—Dame vino.

Sara va a la alhacena. Del anaquel inferior retira una garrafa de búcaro y del vasar que hay en la misma alhacena toma una pesada copa de plata. Antes de vaciar el vino Sara explica:

—De esta garrafa se escancié el vino para el Maestro y los convidados en aquella cena. Simón quiso que se guardara este vino; hubiera deseado confiarlo a manos de serafines para que le conservasen por una eternidad. Esta copa no se ha lavado desde entonces, fue sellada con los labios del maestro, quien se sirvió en ella el vino. Pero yo siento que debo hacer esto por ti, Lázaro.

Luego vació media copa. Volvió a tapar la garrafa como estaba. La llevó a su sitio, temerosa de que se disipase la fuerza de su consagración conferida por el recuerdo. Enseguida vino a sentirse frente a Lázaro, en el asiento que ocupara aquella noche el bien amado Juan.

Lázaro come con lentitud. Con el pulgar y el índice de cada mano abre los dátiles de Damasco, cuya piel negra y brillante recuerda jóvenes esclavas nubias; esponjados, muestran su sabrosa pulpa de oro quemado, derritiéndose en su misma miel. Cuando ha abierto el segundo, habla:

—Nada me has dicho aún de Simón. Cuando estuve en Damasco díjome uno de los nuestros que le había visto con una caravana pocas semanas antes. Yo no lo vi.

—Hace dos años no sé de él. La última vez que vino díjome que en Efeso había hecho buenos negocios. Se ha formado un pequeño grupo de los nuestros. Simón enseña. Sus caravanas le sirven para comunicar unos con otros los nacientes núcleos. De esa suerte se mantiene la unidad del grupo.

—¿Luego está en relación con los once? —pregunta Lázaro.

—Después de la Resurrección los once juntáronse en esta casa, muy en secreto, dos veces. Las enseñanzas del Maestro glorificado en esta misma sala tuvieron principio. Aquí muchas cosas ocultas les declaró. Cuando se supo que el Sanedrín les buscaba, instruidos por el mismo Maestro, convinieron palabras y signos para comunicarse y estar al abrigo de los perseguidores. Se diseminaron. Simón quiso ser el lazo de unión de todos ellos. Huyó, en la apariencia, para continuar el próspero comercio de nuestro padre; en verdad, para proseguir la obra del Maestro. De ti, Lázaro, nadie supo nada. Dos días después de tu partida los mensajeros del Sanedrín vinieron por ti. Con ellos, muchedumbre. Como no te hallaron gritaban a tus hermanas que mentían, que tú no habías muerto ni resucitado. Los amigos, los que habían estado presentes aquel día de tu despertar, vinieron también. Viendo esto los perseguidores, retiráronse. Pero día a día los emisarios del Sanedrín volvían; perquirían la casa, los huertos, los graneros, siempre en tu busca. Cuando se murmuró que las prenderían a ellas si no te hallaban, resolvieron escapar asimismo.

Lázaro ha cesado de comer. Apoya sobre la palma de su izquierda la dorada majestad de su rostro, la negrura pensativa de su cabeza de profeta. Contempla a Sara con la intensa mirada de quien anhela descubrir, detrás de los pensamientos velados por las palabras, los desnudos pensamientos que se bañan en la luz de la verdad.

—¿Nada ha sabido de ellas Simón? Pregunta Lázaro.

—Parece que en Askalón embarcáronse para Alejandría. Vuestro primo Azor con su mujer Ruth viniéronse a vivir a vuestra casa.

—¿Qué hacen en Alejandría?

—Lo que nosotras aquí; trabajar, orar, esperar. Pero tú, ¿qué has hecho tú?

Una pausa fue abriendo, sin ruido, su amplio abanico de pavo real. Lázaro liba, paladeando, el primer trago de vino.

—Pasear conmigo el divino tesoro de un misterio—responde.

Liba, deleitosamente, un segundo trago de vino. Continúa:

—Recuerdo haber despertado una vez, en pleno día, en medio día, en medio de una multitud desconocida, con las manos y los pies atados. Oí la voz que me es conocida desde largas edades diciendo:

"Soltadle y dejadle ir". —¡El Maestro!— interrumpe Sara. —Sí, el Maestro. Era éste el único ser que yo conocía, que yo he adorado por siglos. Me llevaron a una casa

entre hosannas. Dos mujeres, una de ellas bellísima, me llamaban hermano. Ellas me bañaron, me ungieron, me vistieron de blanco lino. Yo sentía que debía sonreír; pero todo era extraño para mí. Hallábame como más tarde me he sentido en casa ajena, sin orientarme dentro de este mi mismo cuerpo. Pesábanme los brazos, las piernas, la cabeza. La misma sensación experimenté cuatro años más tarde cuando me vistieron una armadura romana. Me sobraba el cuerpo, como después me sobraba armadura. Parecíame que había perdido alas, vuelo. Entendía el pensamiento antes que la palabra, como se ve el rayo antes de oírse el trueno: Todavía, con frecuencia me sucede esto mismo. Una mente que piensa es como una fuente de ónice en donde caen y saltan húmedas perlas expuestas al sol; se llena de colores, delicados matices fugitivos. Mis ojos estaban siempre de fiesta. Vinieron muchas gentes a verme. No creo que se diesen cuenta de la extrañeza de mi vida interna. Mis hermanas —así se llamaban ellas— hablaban de un pasado. Yo nada comprendía, nada recordaba. Soy un hombre sin infancia ni adolescencia. Mas suele asaltarme una angustia inefable; siento que mi cuerpo recuerda cosas que ha vivido, estímulos que no despiertan imágenes precisas en mi entendimiento. Es como cuando uno recuerda que ha olvidado algo sin saber qué cosas ha olvidado. Tres días después de mi despertar vino a nuestra casa el Maestro, muy de mañana, de paso para Efraín. Me miró largamente para entrar su pensamiento en el fondo de mi alma. Sin proferir una palabra me dijo: "Serena tu ser. La luz te llegará a su tiempo". El primer casto rayo de esa luz cayó en mi vida la noche de aquella cena inolvidable. Volvía a ver a mi Maestro rostro a rostro, enseñando sobre la tierra, haciendo uso de una lengua diferente, en una época distinta. Siempre dulce, siempre amado. Esa noche me reconocí a mí mismo.

Volví a ver la eternidad de mi yo, mi devoción de siglos al Maestro, mi participación en su grande, su bella obra. Tuve la vaga noción de un sacrificio realizado por amor al Maestro. Desde ese instante comenzó a crecer en mí un contento, fructuoso y alto como una datilera. Por un acto enérgico de la voluntad del Maestro yo había entrado en posesión de este cuerpo. Otra conciencia había habitado en él, le había formado para él de acuerdo con la ley de sabiduría con que trabajan los Elohim los cuerpos mortales del hombre.

## [VII LA VIDENCIA DE LÁZARO]

DETIENE Lázaro su palabra. Liba, despaciosamente, un tercer trago de vino. Sara le ha seguido con luminosa, húmeda mirada de sus ojos. Van haciéndosele por momentos más grandes. Una intensa emoción la agita. Su pecho se hinche, como cuello de alondra que canta. Un finísimo encaje de sangre le va empurpurando frente y mejillas. Sus ojos negros arden como encendido asfalto del Mar Muerto. Están clavados en el rostro de Lázaro.

Éste, a su vez, mira escrutando, los canapés y asientos en torno de la mesa. Una majestad de Sinaí esplende en su cabeza de profeta. Sara comprende que Lázaro está tocado de Dios; que contempla, no las cosas de la tierra, sino las imperecederas del espíritu. Así debió mirar Isaías, cuando cantaba: "El Espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí".

—¡Sagrado vino de las viñas de Engadí! —profiere Lázaro, vaciando la claridad de su mirar sobre el vino color de granada— ¡Tú embargas y adormeces los sentidos de la carne! ¡Acabas ahora de desligar mi ser interior! Me has dotado de la plenitud de mis potencias espirituales. ¡ Esta es la divina embriaguez de los devotos del Señor!

Sara, mirando la profunda transformación de Lázaro, levántase furtivamente. Ella ha presenciado los éxtasis del joven Juan, las exaltaciones de María, la bella hermana de Marta: conoce aquel sacro tremor del cuerpo en los augustos momentos en que las supremas fuerzas del espíritu toman súbita posesión de él; cuando el ángel cabalga el centauro. Al ver a Lázaro en arrebatada exultación, poseído del espíritu de los profetas, entre admirativa y medrosa, retírase al aposento vecino.

La mirada de Lázaro parece haber anclado en la lejanía. Mira sin ver, como si interceptase su visión una fina lámina de ámbar, de empañada transparencia. Sin embai'go, ve, oye. De sus labios brotan palabras confusas. Cae de hinojos en actitud de profunda reverencia. Perlado sudor humedece su frente. Una larga caravana de minutos, cargada de joyas, pasa. Lázaro cesa de mirar al horizonte de ámbar empañado. Sus ojos están arrasados de lágrimas. Alza los brazos hasta el borde de la mesa y sobre ellos descansa su cabeza, cuya cabellera esenia se derrama por los hombros. Tres luces de los candelabros se han extinguido ya. La solemnidad de la noche ha llenado de profundidades esta hora.

Sara vela. La maternidad latente en ella ha abierto un repentino manantial en su alma. Asoma su cabeza, maternalmente bella, por la puerta de la sala. Espera, con el impasible esperar de una columna del Templo. Pero al fin, preocupada, se aproxima. La respiración de Lázaro es ya tranquila. Sara le llama:

—¡Lázaro!

Lázaro alza la cabeza y la vuelve a ver. Levántase. Con un impulso filial le toma las manos, las pone sobre su frente, sobre sus ojos, como si de esa suerte quisiera invitarla al silencio, mostrándose reconocido. Sara le conduce de la mano fuera de la sala.

Del cielo ha caído sobre el jardín la noche, granulada de estrellas. Ha disminuido la tibieza del aire; no hay un solo rayo de luna. Sara se aleja como ha venido, sin una palabra en los labios. Lázaro queda consigo mismo.

Jordán henchido de aguas se le ha vuelto el corazón; su mente se ha levantado como la colina de Mizar, tantos son sus pensamientos. El misterio de su vida se ha resuelto en dos prodigios : acaba de saber quién es él, por qué se halla en ese cuerpo, qué ha venido a hacer al mundo precisamente cuando el Maestro estaba para alejarse de él. Segundo prodigio es la certidumbre de que posee una extraña videncia. Ahora mismo percibe los invisibles seres que trabajan en las raíces de las plantas como los que tejen, construyen, tiñen, recortan, pintan, perfuman las ramas, las hojas, las flores de todas las plantas de este jardín. Allí están los que filtran los jugos de la tierra para las sustancias medicinales, aquellos otros las ponzoñosas, todos sin alejarse un ápice del vasto plan trazado por los Elohim. Todo el Universo va haciéndosele transparente: detrás de las formas, incoercibles y sabias fuerzas inteligentes elaboran toda la belleza de los Reinos. Ve mundos dentro de los mundos con la misma distinción con que se disciernen las palabras de entre las voces de las arpas con que se cantan los Salmos de David. Su alegría, su admiración, su gratitud no caben ya en su ser.

Sedante se hace el frescor de la noche. El cielo continúa viajando hacia occidente. La noche estrellada tiene toda la majestad del templo más sereno. La paz desciende a su alma. La madrugada comienza a vaciar la urna del rocío sobre las plantas. Lázaro entra, Sara, que le ha estado esperando, le conduce al dormitorio de Simón, que habrá de ser el suyo en adelante.

Lázaro se reclina sobre un ancho cojín tendido encima de un cobertor de pelo de camello.

## [VIII EL MONTE DE LOS OLIVOS]

TODO EL JUGO de su pensamiento se ha cambiado en vino contra el sueño. Experimenta, de otra parte, la serena alegría de comprender lo que él ha llamado siempre el "misterio de su vida". Recorre mentalmente sus ocho años de viajes, de aprendizaje, de reflexión. Ha desaparecido la opacidad de su memoria.

Vagos ruidos llegan a sus oídos. El sonoro clarín de un gallo lejano le dice la hora. Párase. Ora. Luego busca su manto, su turbante y sale.

Desandando el camino de la noche anterior pronto comienza a subir hacia el Monte de los Olivos. El cielo, a trechos, se mancha de azul intenso del Mar Muerto. Las estrellas menores se hunden en el abismo gradualmente. El lucero de la mañana brilla como una pequeña luna. De los arbustos vecinos al sendero alzan el vuelo las tórtolas morenas. Las alondras hacen giros rápidos subiendo siempre. Una águila, sin ruido, vuela hacia el valle.

Poco antes de llegar al santuario se detiene. Se vuelve hacia el Oriente: el alba está allá, del lado del valle del Jordán. De súbito aparece una forma blanca sobre el sendero, a pocos pasos de Lázaro.

—La luz del Maestro sea contigo— con voz femenina le saluda esta aparición.

—Que el Maestro te dé la paz— respóndele Lázaro, quien ha reconocido aquella armoniosa voz.

Los dos, en silencio, siguen hacia el santuario.

Cuando el sol temprano alumbra el sagrado recinto la silueta del Maestro, orlada en luz, debilitase hasta parecer no existente. Dos sombras arrodilladas se proyectan sobre la hierba, unte el santuario. Una de ellas, de pronto, muévase, hácese más alta. La mujer se ha levantado. Lázaro continúa absorto, con el rostro radiante.

La mujer que se ha retirado sólo unos pocos pasos, ahora mira la hermosa cabeza de Lázaro, aureolada, inclinada en actitud devota, adorante, lilla, por su parte, espera.

Dos aves, querellándose, vienen a revolotear en torno del santuario. Su piar incisivo evoca el mundo ante Lázaro. Se levanta, pónese el turbante y parte. Sobre el sendero aquella mujer, cuyo rostro está cubierto por un velo, aguarda. Cuando Lázaro llega junto a ella, ésta le dice:



—Veo que vuestro amor por el Maestro es grande. Pero yo nunca os hallé en su compañía. No sois uno de los once.

—No, mujer, soy único— respóndele, invitándole a descender.

Esta palabra único, inesperada, innecesaria, la turba. —"Quizás tiene un sentido que ignoro"— se dice para sí.

Un sol de bronce va alzándose sobre el horizonte en la dirección del Mar Muerto. Cirros en forma de palmas aparecen a gran altura en la misma dirección.

—¿Quién os enseñó a amarle?— pregunta ella.

—Amor es todo sabiduría, nace aprendido; nadie lo enseña—. Le responde él.

Una suave fragancia de estoraque surge de entre los arbolillos del monte, ahora que la luz del sol les alcanza. Ella dice:

—Esas palabras han llenado de aromas el monte. ¡Pero no me han contestado!

—El Maestro es todo Amor. ¿Quién puede verle sin saber amarle? ¿Quién oírle, sin adorarle?

La mujer vuelve a verle. A través de su velo cruzan los dos largos relámpagos de sus miradas.

—¿Cuándo conocisteis al Maestro?— interroga ella.

—Pocos días antes de que se dirigiese a Efraín— fue la respuesta.

Como ella va delante, bajando por el sendero, hácese lento el descenso. Aquel cuerpo trae a Lázaro el recuerdo de los papiros de las orillas del Jordán. Los pliegues de la túnica blanca que viste llénanse de gracia en cada uno de sus movimientos. Al recoger la falda cuando roza alguna de las hierbas al costado del sendero, allí donde su mano se posa, todos los pliegues parecen sonreír. Son sus dedos delicados juncos, húmedos en los extremos con aguas de madreperla. Ahora es Lázaro quien pregunta:

—Y tú, ¿cuándo le conociste? La pendiente es insensible; van entrando en el valle de Betania. La mujer se detiene para responder:

—No sé; aunque mis ojos le vieron cuando por primera vez bajó a Betania, me parece que mi alma le ha conocido siempre. ¡Y le ha amado siempre!

—¿Le oíste alguna vez hablar? —Me habló. Dulcísimos dátiles aun son sus palabras para mí. Y cada mañana renuevo su aroma ante la imagen del Maestro para empapar

de divinas fragancias cada día de mi vida. Refresco su esencia al marchitarse la luz de la tarde para derramar ese bálsamo en la extraña Jerusalén que yo habito en mi sueño. Me habló. Vibran en el aire todavía sus palabras. Por eso no puedo vivir lejos de Betania. —¿Viajaste alguna vez? —Sobre todos los caminos de Siria, de la feliz Arabia, de Alejandría, de Palestina, mi sombra ha caído, desde lo alto de los camellos.

—¿Quién eres tú, que así hablas en el estilo cíclo los profetas?

—Largo para decíroslo sería esta hora y este sitio. Puesto que tenemos un amor en común podéis verme en mi casa.

—¿La frecuentan otras gentes? —No. Vivo para el Maestro y para hacer su servicio. Pero vos sí podéis venir. Cuando esta tarde bajemos del santuario, te enseñaré el camino.

—Iré contigo— dícele Lázaro. Se miran un instante; sepáranse.

## [IX VISITA A LA CUEVA]

LÁZARO entra en Betania. De las piedras de las calles trepan a través de su cuerpo reminiscencias mutiladas, como torsos de vírgenes sin identificación posible. Su cuerpo es para él como un ser extraño, independiente de sí mismo. Recuerda aquellos caballos de Moab que conocían caminos y senderos, al punto de servirle de guías. Ellos le llevaban, él no les conducía.

Una que otra vez Lázaro había sentido con claridad que su cuerpo disfrutaba de una cierta independencia de conducta propia. Viendo en Damasco la intimidación extrema entre el camellero y su camello favorito, había encontrado la semejanza de lo que consigo y su cuerpo sucedía. Pero jamás esa independencia había sido tan relevante como ahora. Es como si hubiese puesto las riendas sobre el cuello de su caballo. Se ve ir, llevar, confiado, como seguro de que será capaz de gobernarle cuando quiera volver a tomar las riendas en sus manos. Pero mientras tanto parece su cuerpo ser el amo del camino. Lázaro quiere recorrer una calle, su cuerpo cruza por otra, le conduce con una certidumbre de sonámbulo vidente.

Así, seducido como por un secreto instinto, hállese caminando por las afueras de Betania, a lo largo de la vía de Jerusalén. Quizá no ha recorrido aún tres estadios cuando sus miradas descubren aquí y allá, sobre las lomas, toscas piedras sepulcrales. La misma recóndita fuerza que le viene trayendo le lleva ante una cueva en cuya entrada descansa una piedra, recostada a un lado.

Vienen a su mente altos pensamientos. Sus días de comunidad con los esenios atraviesan por delante de su memoria, toda ojos, toda oídos. Vuelve a pasearse con el joven sacerdote Dam, la más exquisita naturaleza entre todos aquellos santos y sabios monjes. A la puesta del sol, a poca distancia de las bituminosas orillas del Mar Muerto, en los campos de Engadí, los dos, Lázaro y Dam, vagan conversando sobre las enseñanzas de la mañana. Ve aún las blancas flores de alheña dando un matiz de juventud a las viejas viñas de la región. Hacia el norte aparecen como envueltas en transparente gaza de finísima arena egipcia las selvas de palmeras de la desembocadura del Jordán. En la vecindad de las moradas monásticas hay sauces de cabelleras esenias derramándose sobre las fuentes; hay olivos, con cuerpos de esbeltos mancebos, nogales de hojas anchas como parras y de frondas densas; naranjos de gracioso lejos y de vecindad agresiva y punzadora. Todo el paisaje está delante de sus miradas internas. Las palabras de Dam le obsedian ahora, como las fragancias de las yerbas olorosas entonces. La muerte no es un misterio: la tumba es vientre fecundado. Todo cadáver implica una doble liberación: el cuerpo vuelve al océano infinito de la vida; la conciencia de sí prosigue su lento camino de aprendizaje y de expansión. Aún oye la voz de Dam, musical, insinuante, sonora, como si fuese

una agua pura caliente en un cántaro de arcilla.

Por un impulso ajeno a su conciencia, Lázaro se asoma a la cueva. Arde allí una pequeña lámpara de aceite. Quitándose el turbante asoma un poco mejor la cabeza: en la pared de la izquierda ve el signo que él sabe ser de los discípulos del Maestro, el Aguador; a la derecha, una breve leyenda: "Esta fue la tumba de Lázaro..." Lo demás no puede leerlo. Retira la cabeza y siéntase sobre la piedra a la entrada de la cueva. Hay en su mente un torbellino. Es como si el shekiyeh que sopla en primavera, velado por una niebla de nena, estuviese atravesando su ser.

Alguna que otra idea pasa con lento vuelo a través de esa niebla, como aleantes patos blancos aventureros sobre las siempre espumosas aguas del Mar Muerto. Lo que acaba de ver es la llave que el viejo sacerdote Hyamor, de la fraternidad de los esenios, le anunció que encontraría, sin decirle dónde ni cuándo. Exáltase la visión de Lázaro; detrás de la luz del Sol se expande la permanente luz del divino sol espiritual donde, como en páginas de eternidad, pasado y porvenir son un perpetuo presente. Allí, ahora, con los ojos cerrados mira en esa luz supersensual la sonriente imagen de un ser amigo que le desenvuelve hacia atrás la vida de su cuerpo desde el instante en que, al escuchar la voz del Maestro ordenándole salir de aquel sepulcro, él entrara en el cuerpo entonces vacío durante cuatro días, hasta el momento en que los ojos de su rostro ven por primera vez la luz del día. Ahora comprende el misterio de esta doble vida suya.

¿Cuánto tiempo ha estado allí? Son venablos de fuego los rayos del sol. Hay reverberación sobre los campos. Se dispone a partir. Ve una vez más hacia el interior de la cueva: apenas si se distingue la llama de aquella lámpara de aceite, como si hubiese estado allí para encender otra luz en su entendimiento, nada más.

## [X SUEÑO DE LÁZARO]

ECHA A ANDAR, deshaciendo el camino que había traído. Cuando entra en Betania se dirige a su morada en casa de Simón.

Espérale Sara. Dos o tres higos y algún poco de queso de leche de cabra son su almuerzo. Luego se retira a su aposento. Desea reposar durmiendo.

El sueño es para Lázaro un mundo distinto. Pocos momentos después de dormirse entra en él como en un reino luminoso poblado de habitantes distribuidos en jerarquías definidas, pero a la vez permeables. Ciertos seres pueden moverse en todas direcciones, otros disponen de campos más restringidos; algunos yacen como dormidos para este mundo también, inocentes de lo que pasa en torno de ellos. En muchos, el interés de esta vida es intenso, profundo, apasionado. Todos se mueven de una manera angélica, como si llevaran grandes alas que no agitan, como las vastas aves del aire en vuelo alto, sereno.

Aquel es un mundo aparte, en el cual, sin embargo, vive la misma humanidad. Muchos hombres al despertar nada de cuanto han visto recuerdan. Otros regresan con vagas impresiones de haber soñado no saben qué cosas, o de haber soñado extravagancias y contrasentidos, en donde hay mezclas de tipos del mundo de la vigilia con los de la vida del sueño, sensaciones físicas de la semana con reminiscencias de cosas de un pasado que no llega a la memoria con la vida indispensable para localizarse ni en lugar ni en hora. Algunos despiertan trayendo sueños vividos. Otros, menos aún, retornan con la vaga conciencia de las obras realizadas durante su sueño. Los escogidos tan sólo saben que su vida es continua, que de la cámara alumbrada por la luz del sol pasan a la cámara donde se ve con los ojos que realmente ven cuando los ojos de la carne miran. Pero se callan. El mundo hace ludibrio de las cosas grandes que no entiende.

Lázaro sabe de todas estas cosas. Es de los buenos trabajadores en el mundo del sueño. Junto con otros de los discípulos del Maestro durante el reposo de los cuerpos, contribuye a preparar las mentes de los hombres para la recepción de la Buena Nueva. Una vez preparadas, bastará una palabra, una mera sugestión, una circunstancia aparentemente inconexa para que se produzca una revolución mental en el mundo de la vigilia; 0 para que se acepte la enseñanza como cosa de antiguo conocida, que ninguna novedad tiene para los próximos conversos. Lázaro sabe que de esa suerte se realizan los movimientos de reforma de las conciencias; que lo que suele aparecer en el mundo de vigilia como súbita fructificación es la cosecha de larga, cuidadosa siembra durante las horas de sueño. Lázaro sabe que el descanso es para los cuerpos; que la conciencia no conoce el sueño, sino cuando los soles duermen.

## [XI LA TURBA]

CUATRO HORAS después Lázaro despierta. Toma un baño. El sol va descendiendo. Los vientos del noroeste, apaciguados, son ahora brisa grata, tibia.

Sara le mira con maternal contento. La regocija el prodigar cuidados de madre. Mas ahora tiene un semblante, además de plácido orgullo. Sara dice a Lázaro:

—¡En la calle te esperan gentes curiosas. Quieren ver al Príncipe extranjero que se aposenta en la casa de Simón! Algunos vinieron detrás de ti. Suponen que esta mañana viniste de Jerusalén; te vieron entrar dicen, por ese lado de la ciudad.

Lázaro quédase mirándola. Su pensamiento se llena de trepadores recuerdos. ¡Por doquiera las muchedumbres! ¡Por dondequiera esa insaciable curiosidad del alma! Esa esperanza de una revelación extraña que nos traiga el don de ser felices. Mas entienden la dicha con hartura. César les da pan y circos: la muchedumbre le ciñe una corona de laurel, le ofrece un trono. El Maestro les enseña el camino de la perpetua paz, de la dicha que se asienta en el reino de Dios: le ciñen corona de espinas, le clavan en cruz. Pero a él, a Lázaro, ¿por qué le siguen? ¿Por qué le esperan?

En la ruidosa ciudad de Astaroth o en la silenciosa Shomron de Samaria, en la fragante Baabec del Líbano, en la rica en caballos Rabbac de Moab, en Babilonia, en Damasco, en dondequiera, la muchedumbre le ha seguido, mirándole en silencio o aclamándolo. ¿Por qué es esto? ¿Acaso el misterio de su vida interior imprime un sello particular en su persona?

—Quieren verte— continúa Sara, comprendiendo la muda interrogación de Lázaro. —Eres extraño en la población, eres hermoso, es rico tu manto y le llevas como un Príncipe. Cuando salgas, sonríeles. La belleza que sonrío es dos veces hermosa.

Lázaro toma su manto, su turbante y sale.

Sara le sigue a la puerta, como una madre enamorada de su hijo.

Allí está una pequeña turba. Cuando Lázaro asoma cesa todo bullicio. Luego se extiende un murmullo de admiración. ¡Aleluyas: Lázaro ha sonreído! Cuando parte hay quienes se mueven para seguirle. Sara les detiene diciéndoles:

—No le sigáis... Todos los días podréis verle.

La turba se contiene. Lentamente se dispersa, sin ruido, impresionada.

## [XII EL MAESTRO HABLA]

SUBIENDO por el Monte de los Olivos, Lázaro experimenta una emoción profunda: esta prodigiosa belleza de las frondas de los arbustos iluminados por el sol de la tarde, estas aves que sesgan sus vuelos y sus trinos, esta fragancia de yerbas olorosas estrujadas, este aire errante que se deja traspasar por el zafiro del cielo, todo está animado como por la presencia de una vida misteriosa, inteligente, dotada de una sabiduría que trasciende los pensamientos de los hombres. Esta invisible presencia le ha llenado de la misma emoción cuando ha estado delante de la naturaleza: son quizás los mensajeros de Jehová, tal vez los Elohim. Porque la escondida presencia del Maestro prodúcele una emoción diferente, la que evoca la majestad de lo divino en lo humano. La otra invisible presencia le infiltra un apacible contento en el alma, le deja la sensación de una compañía recóndita y amiga; es una vida que le mira, que le oye, que le sigue, que se hace sentir detrás de las voces de las cosas, imprimiéndoles un sentido interno que no siempre él sabe descubrir. Esa Presencia hechiza ciertos lugares, como si sentada en ellos hubiese pensado allí largo tiempo para dejarles saturados de su pensamiento. Tales lugares están encantados: atraen, sugieren, exaltan.

A medida que Lázaro sube siente con mayor fuerza la belleza atrayente de este Monte de los Olivos. En un instante se da cuenta de que hay una saturación de piedad religiosa en la definida personalidad de este Monte. Durante siglos y siglos las generaciones han venido a depositar su devoción en los santuarios sencillos que allí se construyeron siempre. Se ha creado así una atmósfera espiritual que se suma al encanto natural del Monte.

Lázaro llega al santuario. Allí están las tres formas femeninas que hallara la tarde anterior.

Hecha la oración, una tras otra las tres mujeres se levantan, parten. Lázaro permanece allí arrodillado ante aquella viviente imagen orlada en luz. Su ser interno se ha sumido en la más perfecta adoración: se le desvanece el mundo como la gracia de una rosa que se deshoja al viento. Queda delante de su pensamiento el Universo sutil como un encaje tejido con la esencia de la mente universal. Todo el Universo está hecho del mismo divino pensamiento.

La cabeza de Lázaro está bella, radiante como un astro de la noche. Ve: el Maestro está aquí junto a él. No oye voz alguna, pero sabe que el Maestro le está hablando, que sus ideas le llegan directamente, como si surgiesen de sí mismo.

"Está para resolverse el enigma de tu vida extraña. Cuanto viste esta mañana te quedará completo con mis palabras de ahora. Cuando el Maestro desciende al mundo

mortal grupos de discípulos de diversas jerarquías le siguen. Los unos, vestidos de carne, son voluntarios trabajadores de su obra o aspirantes a más altas jerarquías de discipulado. Los otros le siguen en el mundo invisible, porque allí también se requieren los trabajadores de la luz. De estos eras tú, oh mi amado discípulo Eliezer. Mas en aquella hora grave, cuando en voz alta invoqué a mi Padre, tú, mi abnegado Eliezer, quisiste tomar a tu cargo la obra secreta que te está reservada. El cuerpo de Lázaro es ahora tu cuerpo. Aún no le has hecho tuyo del todo, amado Eliezer. Sé fuerte como un guerrero. El combate se apronta".



## [XIII MARÍA DE BETANIA]

UNA YA CONOCIDA VOZ de mujer canta a medio tono las primeras palabras de un salmo de David: Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, clama por tí el alma mía... La armonía del Monte centuplica la melodía de la voz. Lázaro regresa al mundo. Levántase para alejarse. Como a quince pasos, con el bello rostro descubierto, una mujer le espera.

Las primeras penumbras de la noche flotan sobre el valle. De los jardines viene un aliento oloroso y tibio. Lázaro comienza a bajar detrás de esa mujer. Ambos van en silencio. Cuando la pendiente se ha suavizado y pueden fácilmente caminar a la par, Lázaro pregunta: —¿Sueles cantar?

—Cuando mi corazón se ha llenado de dicha, canto.

—¿No tienes cosas graves que pensar?

—Ahora son leves a mi corazón todas las cosas graves. Diez años ha mi corazón era un Horeb manando lágrimas. Ahora canto.

Lázaro, pensativo, oye los ruidos y balidos de los rebaños distantes.

Cuando han entrado en Betania, esta mujer, poniendo su mano en el brazo de Lázaro, dícele:

—Sigamos esta calle.

—¿Temes ser vista en mi compañía?

—¡Se ignora mi existencia en Betania! Pero no puede ignorarse la vuestra.

La calle es pedregosa aquí, como en las más de las ciudades de Israel. Las lapidaciones son una inspiración de estas calles.

Cuando han caminado cerca de un estadio dice a Lázaro su compañera:

—Aquí está mi casa.

Lázaro no ve casa alguna. De las frondas ahogadas en sombra viene un aroma de árboles frutales. Al acercarse al seto Lázaro reconoce, por la fragancia, el membrillo de Siria que le hace venir el agua a la boca.

Por una portezuela enclavada en el seto vivo, hecho de rosa y de mirto, matizados aquí y allá de ciprés y arrayán enanos, entran en una sombría avenida de nogales. La noche es aquí más densa, más olorosa la tibieza del aire.

Pesa más dulcemente esta mujer sobre el brazo de Lázaro a medida que se internan en la noche de la avenida. ¡El aire! Oh este aire. Lázaro jamás había sentido el encanto del aire embalsamado de la noche como en esta noche. Es un don de Jehová, tan suave, tan santo como la luz. Entra en su ser más profundamente que la luz. El aire embriaga como si de él fluyesen todas las esencias de las viñas. Lázaro siente ahora, como nunca antes, que una potencia sutil de vida palpita como un corazón en el seno del aire.

Ha caminado unos ciento cincuenta pasos cuando la avenida se abre. Queda descubierto el cielo que se va llenando de miradas. Pero aquí está la casa.

Ella se adelanta, abre la puerta: los dos entran. Vuelve a cerrarla. En la oscuridad de la casa ella le lleva a la puerta del próximo aposento. Allí espera. Ella, que se ha ido al interior, vuelve con un candelabro de cinco luces que pone sobre un esquinero del aposento. La atmósfera está cargada de aroma de azahar.

Apartado del muro hay un diván persa de pesados cojines de color morado. Cerca hay dos asientos, un escabel. En otra esquina de la estancia Lázaro advierte una arpa; sobre la columna de ésta, a manera de guirnalda, un sistro. Sobre una consola yace una cítara.

—Sé que cantas, ¿también tañes la cítara y el arpa?— pregunta Lázaro mientras se acomoda en el diván que le ha ofrecido su huésped. Ésta, que ha ido a poner el manto y el turbante de Lázaro en cuarto contiguo, calla. Cuando regresa trae descubierto el rostro; suelta, flotante, una bellísima cabellera de color castaño, amplia como un cendal que le cubriese medio cuerpo, Lázaro la mira con deleitoso asombro. Ella responde:

—Taño y canto. Quisiera hacer de mi alma y de mi cuerpo una ardiente canción en alabanza del Señor. Este don de la vida es tan rico que no hallo cómo rendir gracias al Señor que me la dio, si no es haciendo para él de mi vida una canción.

—¿Te has consagrado a Él?

—Soy, quisiera ser una anémona de los bosques prendida a sus sandalias para perfumar sus pasos por los siglos de los siglos.

—¡Oh! ¡ Ya el Maestro no anda por el Valle del Llanto! —dice sonriendo Lázaro.

—¡Sí, sí! El Maestro vive, el Maestro enseña, alienta, da consuelo, da la salud,

inspira a sus discípulos. El Maestro va por el Valle del Llanto. Los ciegos de los hombres no le ven; pero Él va por el mundo como un Sembrador, como un Pastor enamorado del vasto rebaño de los hombres, tañendo una flauta que tiene toda la mansedumbre de la Paz, la atracción de una infinita armonía ... Muchas, muchas veces me he dicho que quisiera ser pequeñísima hoja de mirto escondida en sus cabellos u olorosa anémona de los bosques prendida a sus sandalias.

—Deseo tardío. En mi presencia una bella mujer con exquisito ungüento de nardos le ungió los pies al Maestro.

—¿La visteis vos? ¿Pero de verdad estabais vos presente —le dice ella poniéndose en pie— cuando ungieron aquellos pies estas manos, les enjugaron estos cabellos, les besaron estos mis labios? ¿Estabais vos presente?

—¿Pero quién eres tú? — exclama, incorporándose, Lázaro.

—Soy María de Betania. Lázaro abre los brazos. A estrecharla en ellos todo su cuerpo le impulsa. No obstante una fuerza extraña se lo defiende. ¿Es su belleza exaltada por esta súbita iluminación del amor? ¿Es la majestad que le imprime ese don de sí misma al Ser que ambos respetan y adoran por encima de todos los seres de la tierra? María, que ha visto este movimiento hesitante de Lázaro, le tiende la mano. Dice:

—No sois de los once. Ignoro quién sois, aunque vuestro rostro no me es desconocido. ¡Por lo que en ambos hay de amor para el Maestro seamos amigos!

Un estremecimiento sacude el cuerpo de Lázaro al contacto de esta mano. La mente está serena. Comprende que se halla delante de una mujer de privilegio, de excepción. Se da cuenta, sin embargo, de que su cuerpo tiembla, a pesar suyo, fuera del alcance de su voluntad. Una vez más las riendas del hermoso animal se escapan de sus manos. Lucha. Ganado el combate, la palabra le obedece. Entonces responde:

—Esta mañana di jete que soy único. Ahora no sé que pueda decirte. Ni importa. En nombre del Maestro, somos amigos.

El nombre del Maestro serena los ánimos. Subsiste en María, sin embargo, una incontenible necesidad de expresar los sentimientos que galopan en su alma. Invita a Lázaro a tomar nuevamente su asiento sobre el diván. Se dirige a la esquina del aposento donde descansa el arpa, de cuya columna retira el sistro que deja sobre la mesilla al lado de la cítara. La sitúa en el centro de la estancia. Sentándose sobre redondo taburete de sicómoro veteado, dispónese a cantar. Acordada el arpa a su voz, así canta:

*¿A dónde se ha ido tu amado,  
—oh tú, la más hermosa entre las mujeres?  
¿A dónde se ha dirigido tu amado,*

*—para que nosotras le busquemos contigo?  
Mi amado ha descendido a su jardín, a las  
eras de bálsamo,—  
para recrearse en los jardines, y para  
coger azucenas. ¡Yo soy  
de mi amado, y mi amado es mío! —él apacienta  
su rebaño entre los lirios.*

Lázaro ha posado la cabeza sobre las manos. Como un puñado de menta arrojado en un cántaro de vino, esta canción ha puesto un nuevo sabor en su vida.

Es como un extraño recuerdo de alguna corte faraónica; un pasado remoto columbrado en un sueño impreciso; una vaga reminiscencia ancestral. Esa música de ritmos egipcios le ha traído un fragmento de una vida pasada: se ve en un vasto salón palaciego en la ciudad de Menfis, donde es él un capitán del ejército del Faraón. Una noble doncella acompañante de la Princesa le mira con la exquisita sonriente dulzura de una alma enamorada. Le parece oír aún el coro de cantantes al son de arpas y de flautas tañidas en las gradas del estrado real. Una corriente a través de sus nervios pone en vibración su cuerpo.

Al enderezar la cabeza se encuentra con la mirada franca, apasionada de María. Lázaro habla:

*—¡Qué música tan honda, tan terrible la de esa antigua canción!*

María, volviendo a abrazar el arpa, canta:

*¡Me has arrebatado el corazón, hermana  
mía, esposa mía; me has arrebatado el corazón con una  
mirada de tus ojos, con una gargantilla de tu cuello! ¡Cuan hermosas son tus  
caricias, hermana  
mía, esposa mía! ¡Cuánto mejores son tus caricias que el vino,  
y el olor de tus ungüentos que todos los  
aromas!  
Tú eres una fuente de jardines,  
un pozo de aguas vivas,  
y arroyos que fluyen del Líbano.*

El extraño sortilegio de esta música es invencible. Quién sabe durante cuántos siglos la han venido tañendo, cantando generaciones tras generaciones de amantes hasta haber llegado a imprimir en sus notas esta terrible magia de poner a temblar de goce las carnes. Cuando María concluye su canción las llamas de sus ojos queman el rostro de Lázaro. Éste la mira, a su vez. Aquí está el aliento de la tragedia soplando sobre las bellas hebras ensortijadas en la nuca de María, provocando calofríos sobre el dorso de Lázaro.

Ambos sienten la desgarrante tragedia del amor.

¿Qué ha sido de esta infinita devoción, de esta absoluta consagración de María al Maestro? Lázaro se ve de nuevo arrastrado por el fogoso potro que no ha logrado aún hacer suyo del todo. ¿Qué poderoso serafín ha hecho sonar en esta canción su trompeta que así llama al mundo las ansias en pie, furentes como las bacantes de los pueblos gentiles que han conquistado las tierras de Israel?

Como entre dos truenos impera el silencio. Mas Lázaro oye los clamores de la tempestad en sus sienes; adivina su ritmo de marea en la respiración de María. Dice con voz apagada, casi premiosa:

—Acaba de pasar, junto a nosotros, un arcángel de amor.

—Sí. En sangre de granadas lleva teñida la túnica. Dejémosle ir —agregó, volviendo a tomar el arpa. Canta. Esta vez ya no es del Cántico de los Cánticos su música. Es uno de los salmos de David:

*¡Oh Dios, Dios mío eres tú;  
de madrugada te buscaré!  
Mi alma tiene sed de ti...*

La sencilla majestad de esta música es sedante, eleva, da serenidad. La paz desciende sobre el cuerpo de Lázaro. Sus pensamientos aun vuelan errantes, pero está quieto el enjaezado animal que monta.

Cuando María cesa de cantar, Lázaro dice: —Tu voz produce embriagueces diversas como los vinos distintos. Tú sabes evocar la tormenta; la serenidad te obedece. ¿Quién te ha enseñado esa música que yo creía perdida?

—Una antigua tañedora de arpa, descendiente de diez generaciones de arpistas, entre las cuales las hubo que tañeron en la casa de los sucesores de Salomón y de Roboam. La música del Cántico de los Cánticos, considerada secreta, no la enseñaban a nadie. A mi feliz memoria debo el saberla. Yo creía que ese Cántico era un poema único. La tañedora de arpa me enseñó a conocer las distintas canciones de que se compone. Es un florilegio de cánticos amorosos.

—Pero cuan ricos metales se fundieron para crear el timbre de tu voz. ¡Cuan fresca la antigüedad del alma que canta con esa tu voz!

—Todo lo mío lo he dado al Maestro la noche que ungué Sus pies.

—La más bella manera de poseer es dando. Calor, luz, vida, espíritu posee el sol, y todo lo da. En esto está su hermosura. Aroma, armonía, vida, espíritu posee la flor, y

todo lo da. En esto está su belleza infinita, inmortal, a pesar de ser transitoria. Con tu voluntad de dar al Maestro embelleciste e inmortalizaste tu dádiva. Nada quiere para sí nuestro Maestro.

—Cuan dulce, cuan profunda, sin embargo, fue Su mirada de amor, aquella noche cuando mis cabellos enjugaron Sus pies que destilaban el aceite de los nardos. Nunca el amor me había mirado como Él me miró, nunca otra palabra fue más derechamente a mi alma que la palabra del Maestro . Cuando entré en la sala donde hacíais la cena me sentí como envuelta en una sustancia sutilísima, en una atmósfera de vida tal que puso una intensa conmoción en mi ser. El vaso de plata donde llevaba mi unguento temblábame en la mano. Si el Maestro hubiese estado tres pasos más lejos mis rodillas no me hubieran obedecido. Cuando a Sus plantas caí de hinojos todo yo era sólo alma. A Su contacto me angelizaba. Yo he presenciado, al atravesar las montañas de Judea, una tormenta cié relámpagos. Cada rayo me azotaba en las espaldas como un látigo. Mi cuerpo temblaba como una reverberación de sol en el desierto. Pero no había el menor temblor en mi alma. A los pies del Maestro todas las ansias, todas las esperanzas, todos los amores, todos los recuerdos de mi pasado fueron un puñado de ceniza en mi memoria: en mi corazón se había encendido la llama de un amor sin deseos que lo hacía más poderoso e imperativo. Hubiera deseado que aquella ocupación de mis manos no tuviera fin. Hubiera querido hacer de ellas el infinito sendero que tuviese que recorrer el Maestro. Cuando al soltar mi cabellera ésta se volcó sobre mis hombros, el alma se me derramó por los cabellos para enjugar los ungidos pies del Maestro. Cada hebra de éstas era un nervio al descubierto vibrando de indecible felicidad al contacto de aquellos pies para mí más bellos que los lirios de estos valles. Era mi primer amor. Recuerdo cómo les envolví en mi cabellera: la ternura de las madres todas de la tierra, destilada y recogida en unas pocas gotas, la vacié sobre sus adorados pies. En aquel instante presentí la pronta desaparición del Maestro. Se estremeció mi cuerpo. El Maestro, leyendo mi pensamiento retiró con suavidad sus pies de entre mis cabellos y mis manos. Mirándome intensamente en los ojos fue como replicó a Judas: "Dejadla; para el día de mi entierro ella ha guardado ésto". La felicidad de los ángeles del paraíso no puede ser más dulce ni más perfecta que la mía en aquella hora. Mis ojos bebían sabiduría, devoción, amor infinito en el semblante del Maestro. Como la bienaventuranza no me cabía ya en el alma, no me apesará tener que retirarme cuando el Maestro anunció a Sus discípulos que continuaría su conversación sobre el Misterio del Reino de Dios, enseñanza para ellos solo reservada .

Lázaro vuelve a ver la escena. Las palabras de María son un conjuro, al punto de que este olor de nardos que se le entra en el alma, no sabe él si viene del jardín o si ha fluido de las palabras de María. Ésta prosigue:

—Del comedor me fui retirando, lentamente, fijos mis ojos adorantes en el rostro benévolo del Maestro. Pero yo sentía la admiración de todos pesando sobre mis cabellos; sobre mis manos, caía, como un deshojar de mirtos, la gratitud de Lázaro, mi hermano.

Una extraña conmoción agita a Lázaro. Ésta es, pues, aquella hermosa joven que se decía ser su hermana al salir él de su sueño. ¿Cómo es que ella vive en Betania y Sara lo ignora? Como tórtolas que un viento irascible arrastra al desierto, precipítanse en su mente los pensamientos. Como antes, experimenta el impulso de tenderle los brazos. Pero un mandato que le llega más allá del instinto le refrena el impulso. De súbito adquiere el dominio de sí mismo. Como si se hubiese desvanecido todo su interés por el relato de María, Lázaro hace una pregunta ahora incidental:

—Dices que Lázaro es tu hermano, ¿qué se ha hecho de él?

Fija María la sorpresa de sus ojos sobre el rostro de Lázaro. Se ha contrariado su sensibilidad. ¿No hablaba ella, acaso, de lo que más ha importado en su vida? Pero pronto su temperamento apasionado se vierte por este otro canal. Responde, discurriendo:

—¡Ah! No puedo hablar de Lázaro sin profunda melancolía. Habíamos nacido para comprendernos. Él era dos años menor que yo. Pero su alma sin duda era mucho más antigua: un gesto, una palabra, cualquier cosa era bastante para que me entendiese. Con un viejo mercader samaritano había aprendido a leer en el dialecto de esta nación los viejos manuscritos talmúdicos y bíblicos. En el pequeño huerto de nuestra casa paterna él me leía los cilindros que en secreto le prestaba este viejo mercader. Desde que vio al Maestro creyó en Él, sabía que era el Cristo, el Mesías anunciado por los profetas. Le amó intensamente. Su amor despertó el nuestro por el Maestro. Y una enfermedad desconocida, violenta, nos le arrebató. El Maestro, al cuarto día, le trajo de nuevo a la vida. Pero algo extraordinario ocurría a nuestro hermano: fue como si las aguas claras de su memoria se hubiesen cubierto, de la noche a la mañana, de raras plantas acuáticas; nuestro cielo, el cielo que nosotras conocíamos, amábamos, ya no se reflejaba en ellas. Cuando a la muerte del Maestro le persiguieron, le hicimos partir. De él yo nada he vuelto a saber.

—Y de Marta, ¿qué sabes de ella? ¿Dónde vive? ¿Sirve ella al Maestro?

—¡Cómo! ¿Conocisteis a Marta y no a mí? —¡No sabría responderte! ¡No sé que raras plantas acuáticas han cubierto las aguas de mi memoria! ¿Pero qué es de Marta?

—¡Toda mente para la acción, toda manos ha sido Marta! Ha habido en ella un predominante afán de servicio. Cuando el maestro llegaba a nuestra casa Marta llenaba los aposentos con sus precipitados pasillos de paloma; bajo sus manos todas las cosas se movían en vista de un solo fin: servir al Maestro para ofrecerle lo más delicado de nuestra despensa, lo que más grato pudiera ser a Sus ojos; en un instante todas las cosas de nuestro hogar, por la acción de Marta, parecían hallarse también en adoración del Maestro. Solía reprocharme lo que llamaba mi indolencia, porque desde que Él se aposentaba en nuestra casa yo me sentaba a sus pies para sumergir mi adoración en sus ojos y bañar en el manantial de su palabra mi alma. Así, nuestros

caracteres han sido opuestos. Desaparecido el Maestro y lejos Lázaro, mi hermana resolvió seguir a María, la dolorosa madre del Maestro, y a Juan, cuando ya les fue posible salir de la casa de José de Arimatea, donde se habían refugiado en la tarde del día de la resurrección del Maestro. Nada más sé de ella.

Lázaro parece haberse perdido en insondable profundidad de pensamientos, durante todo este relato. ¿Por qué impulso de la Sabiduría Infinita había venido a coincidir en un punto su existencia con la de esta mujer que había presenciado este acto cruento del gran drama del Mundo con que se iba a enseñar a los hombres la Ley del Sacrificio como principio de la superior evolución espiritual de la Humanidad?

Una nota voluminosa del arpa, como rasgueada al desgaire, hace a Lázaro levantar la cabeza : María coloca el arpa en el sitio donde estuviera a su llegada. Lázaro siente necesidad de partir. Al despedirse de María él le dice:

—Nuestras dos vidas atadas están. Pronto habré de revelarte esa atadura, si es que ello habrá de hacerse. ¡ Contigo quede la paz del Señor!

—Idos con ella— le responde María con zalema respetuosa.

Cuando Lázaro sale, por entre los árboles de la avenida percibe el viaje sereno de la luna sobre la plata de la noche.

María se ha tendido en el diván. Piensa en este hombre extraño en quien ella ha podido seguir los movimientos de la emoción a punto de estallar y contenida por un esfuerzo de la voluntad. Analiza cuanto le vio sentir para tratar de penetrar en él. El parecido con el Maestro que ella había creído sorprender la primera vez que le vio en el Santuario es ahora más preciso, así como su diferencia más acentuada. En la proximidad del Maestro todo florecía de esperanza. Junto a este hombre cae una sombra de trágica majestad. Pero le atrae como un prodigioso talismán salomónico. Ella le ha visto en sueños. Dos veces ya le ha venido a la mente el hombre y el recuerdo de su hermano Lázaro... ¡ Más no! Lázaro no poseía esta majestad ni esta indefinible atracción; María no sabe decirse si lo que siente por este hombre es amor o devoción o simplemente curiosidad mezclada con la admiración que evoca toda belleza extraordinaria.

El arrullo de sus propios pensamientos la duerme.



## [XIV EL CENTAURO]

AL DÍA SIGUIENTE, ni por la mañana ni por la tarde sube Lázaro al santuario.

La angustia se ha refugiado una vez más en el alma de este hombre. Desde que oyera las palabras de su Maestro en el Monte de los Olivos él sabe que es Eliézer; sus recuerdos comienzan a llegarle como arrojados en niebla confusos, no por eso menos turbadores. Y desde que ha estado en compañía de María la noche anterior parecen galvanizados oscuros sentimientos que suben del mundo de los apetitos o de los instintos; él no lo sabe con claridad.

Esta su angustia presente le trae a la memoria la imagen de una pequeña obra de arte que había visto en la sala principal de la biblioteca de Alejandría cuando pasó por allá yendo en busca de la ciencia de las Pirámides. Era una estatuilla en bronce, un bello centauro encabritándose después de haber lanzado su flecha al sol. Aquel símbolo se le hacía de sangre, de vida y de dolor. La apolínea cabeza del centauro parecía anhelante por salir de aquel cuerpo de la bestia y volar tras la saeta de su aspiración con el robusto vuelo del arcángel. Pero el cuerpo del centauro, medroso de tal vuelo, se adhería a la tierra con toda la energía de sus músculos. Esta es la agonía de su ser. El centauro en él se ha posesionado del Arcángel. El combate está librándose. A esta lucha, tal vez, referíase el Maestro cuando le dijo: "Sé fuerte como un guerrero. El combate se afronta". Cuan fáciles son los combates con el mundo comparados con estos otros que se hacen encarnizados en el fondo de nuestro ser. De todo esto le había hablado el sabio sacerdote Hyamor. ¡Pero cuan diferente es conocer las cosas del espíritu por mediación de la inteligencia!

En su aposento, de una tranquilidad perfecta, gracias a los cuidados de Sara, este bello centauro va de un lado a otro, lentamente, erguido, pero absorto. A ratos se sienta sobre cojines. Medita. En su rostro no aparecen los gestos reveladores del combate. El cual se libra, sin duda, a grandes profundidades, a inaccesibles distancias de aquel hermoso rostro. Por momentos duerme. Mas la lid, probablemente, continúa durante su sueño, porque las líneas de su expresión no varían.

Tres días después la batalla parece haberla ganado el Arcángel.

Hay un rayo de paz en su mirada; sosegada dignidad en su prestancia de príncipe. Sara no cesa de admirarle; quisiera oírle constantemente, pero no se atreve a interrumpir sus largos silencios. Las gentes suelen venir a la casa de Simón en espera de una mirada al príncipe extranjero; pero Lázaro no ha salido.

## [XV LÁZARO Y MARÍA]

HACIA LA TARDE del cuarto día resuelve volver al santuario. Allí está María.

Concluida su oración, que es más bien un coloquio con el Maestro, levántase Lázaro. María le está esperando en el sendero. Cuando se encuentran, al saludarse en la paz del Maestro, ambos advierten en sí mismos un cambio. Experimenta cada uno en presencia del otro una turbación que no había aparecido en ninguno de las otras ocasiones. Por algunos momentos continúan descendiendo en silencio. Rómpelo ella, diciendo:

—¿Estabais fuera de Betania, que no os he visto por tres días?

—No. Si bien es verdad que he viajado extraordinariamente todo este tiempo.

—¿Proyectabais?

—No. Alguien proyecta por mí. Recordaba, combatía.

—¡Oh, qué consolación tan plácida me dan vuestras palabras! Creí que los combates ya no existían para vos.

—Se combate siempre, a lo largo de todo el camino. Los Elohim batallan hoy como antes de llegar a ser los Elohim.

—¡Cómo! ¿Alguna vez no fueron Elohim los Elohim?

—No se es; se llega a ser. Lo que hoy parece ser, ayer no era. Las frutas de tu huerto hoy, fueron ayer flores, antes del ayer fueron tierra, agua, aire, calor y sol. La eternidad de hoy no es la eternidad de ayer. Las eternidades son días no más en la infinita duración del Gran Amor.

María continúa absorta, caminando con lentitud al lado de este hombre que se le hace de nuevo grande, hasta quedar como fuera de su alcance. La perplejidad vuelve a su mente. Sin duda éste no es Lázaro. ¿Quién es? ¿Quién puede ser?

Cuando regresa a sí misma los dos están a la entrada del huerto de su casa. María le invita a pasar. Cuando caminan por la avenida de nogales el aroma del membrillo de Siria y de los albaricoques le traen el vivo recuerdo de los huertos en las orillas del Abana, a la entrada de Damasco, viniendo del Anti-Líbano. Su memoria se exalta; su palabra deviene fuente caudalosa. Expresa algunos de los muchos pensamientos que le asaltaron mientras recorría esta antigua sección de la perdurable ciudad. De suerte que cuando entran en la sala y Lázaro, como en la ocasión anterior, se reclina en el diván, ella se sienta sobre un tapiz granate entre cojines morados, pronta a continuar

escuchando. Lázaro describe la planicie donde se asienta la ciudad, el curso del río Abana, cuyas orillas, hacia el último recodo antes de entrar en la ciudad, están sombreadas de sauces más viejos que las dinastías de Nínive. Luego los jardines regados por los numerosos arroyuelos derivados del Abana en tan graciosa forma que parecen creaciones de la deidad del río antes que de la mano del hombre. Por aquí han pasado todas las hordas de los conquistadores asirios; aquí han saciado su sed y su hambre. Perecieron los conquistadores, la muerte visitó sus imperios; el viento y las aguas han sepultado en arenas sus ruinas: Damasco sigue siendo una cesta de flores y de frutas tendida a todas las caravanas que vienen del desierto. Damasco era antigua cuando comenzaron a levantarse todas las ciudades de Siria. Cuando ellas caigan en ruinas Damasco tendrá aún la sonrisa misteriosa de su perpetua juventud.

María había pasado por las calles de Damasco; había admirado las más raras mercancías de todas las industrias de todos los pueblos allí aglomeradas; pero no había visto su pasado ni presentido su destino de la manera que este hombre. Así, la narración intensifica y da un relieve a sus recuerdos. Es como viajar de nuevo, con diferente comprensión del mundo. Posa el tiempo sobre sus cabezas tan blandos pies que no le sienten pasar. Lázaro continúa evocando parajes, escenas. Trae el recuerdo del santuario del terebinto de Moreh, en Siquen, donde Abra-ham alzó su primer altar; ha recorrido gran parte de la muralla de Moab, que desde el Monte de los Olivos se divisa fulgurante como una barra de bronce encendido; ha bajado a la profunda prisión donde se veía fresca todavía la sangre de Juan, el Profeta precursor del Maestro; y allí mismo en Machaerus conoció a Salomé, alta, cimbrante, como junco del Nilo, con la sabiduría altanera de una princesa de la vida, más que de una princesa de la casa reinante.

María se hace explicar este último pensamiento de Lázaro. Éste comenta:

—Mientras haya hombres existirán las tribus. Podrán los conquistadores entremezclar las razas, hacer desaparecer costumbres, religiones, lenguas; pero no podrán acabar con las tribus. Las tribus son jerarquías de entendimiento, de desarrollo interno. Son tan naturales, tan espontáneas como los árboles de tu huerta. Hay hombres para quienes la vida es torrente que les arrastra; viven sin saber que viven. Éstos son muchedumbres. No tantos son los que sí saben que viven. Pero entre quienes esto saben hay privilegiados que nacen como aprendidos de la vida. Es como si conociendo para qué viven hubiesen concebido desde temprano un plan. No sueñan sino para hacer reales sus ensueños. A los veinte años conocen todos los encantos, los placeres y los venenos mortales de la vida. Respecto a todo ello actúan como señores. Son los príncipes de la vida. Hay en esta jerarquía, más que príncipes, princesas. Entre ellas, Salomé. Cuanto una mujer de corazón logra saber del mundo a los treinta años, Salomé, a los diez y siete, lo sabía. Había aprendido de las danzantes de los templos elevados a las divinidades gentiles la armonía de los movimientos, la gracia de sus inflexiones; pero ella había puesto una intención en el conjunto de su danza; la convirtió en un poema, ora plegaria, ora canto de amor. Como por instinto manejaba con la impiedad y pertinacia de las aguas tempestuosas las fuerzas recónditas que

mueven las acciones de los más de los hombres: los deseos. La danza ante Herodes no fue otra cosa que una arenga dirigida a los instintos salaces y violentos del Tetrarca. Su arenga hizo del rey un vasallo.

Esta conversación despierta en María un extraño deseo, tan insinuante que no le puede reprimir, e interrumpe:

—¡Quién fuera una de tales princesas!

Lázaro la mira. Comprende la conmovida sinceridad de María. Ella no se da cuenta, pues, del tesoro que posee, como ignora su belleza el lirio del valle. Le replica dulcemente:

—Ya el Maestro lo dijo en tu presencia, que tú habías elegido la mejor parte, aquella que nunca te podía ser arrebatada, esto es, la sabiduría. ¿No has tenido mucho que sufrir a causa de ello? Porque tenemos que pagar en dolor cada uno de los dones que recibimos del cielo.

—Es verdad. Todo el tormento de mi vida es la consecuencia de mi don de amar. Conozco todos los amores. Cada uno de ellos me dejó siempre un dolor. El más grande, el más puro de todos ha sido la causa del mayor de mis tormentos. Amaba al Maestro como se ama a la vida cuando se está a punto de perderla. Tres veces habría yo muerto en la cruz por Él. El mundo me lo arrebató. Cuando Lázaro partió, y Marta se alejó de Betania, creí que moriría de pesadumbre. Conocí la oscuridad del alma; pero como entonces ignoraba la sucesión de noches y de auroras en el mundo del alma, era mi noche sin esperanza de mañana. Luego ... Pero a qué seguir. Todos los otros amores me parecieron amasados de deseos, fugitivos, como la escarcha matinal sobre nuestros campos.

Levántase Lázaro. Ha resucitado en su alma el centauro, ágil, flexible. Tiene violencias de deseo. María, incorporándose, le pregunta:

—¿Qué, os vais?

—Necesito respirar el aire de la noche— responde Lázaro.

—¡Oh! Sí, vamos al huerto.

Salen. Ella le ha tomado del brazo, confidencial. Le conduce por la avenida. Hay en el cielo un pedazo de luna, como una concha de madreperla. Toda la Siria parece congregada en los aromas de aquel huerto. Toda la Caldea flota en la transparencia del aire, como descendida de las estrellas. Una ave nocturna cruza hacia la montaña. Lázaro siente el temblor del brazo de María. La mira, interrogante. Ella le contesta: —Acabo de comprender cómo el aleteo de un pájaro conmueve para siempre el Universo.

Lázaro le toma la mano con que ella ha venido ciñendo su brazo. Una emoción de amor en ambos les puebla de deseos el mundo. Parece que un soplo de la ardiente Syria, todo aroma, baja de los árboles del huerto.

Lázaro siente desasirse la tempestad en su alma. La pureza de las noches de Engadí saturadas de la sabiduría de los nobles esenios es como un reproche a su dicha presente. ¿Qué son estas ansias mezcladas a su contento?

En el telar donde la Noche trabaja el lino de las margaritas no hay mayor silencio que en este instante. María lo rompe, diciendo:

—Compramos a la experiencia su sabiduría al precio incomparable de nuestra juventud. ¡Y lo sabemos a los treinta años! Me parece que habéis sido sabio siempre, oh amigo, cuyo nombre aun ignoro.

—Mi nombre es Eliezer. ¡Juventud! No recuerdo haberla tenido. ¡Quizá mi juventud ha florecido esta noche! ¡Y en este instante!

Esto dice tomando aquella bella cabeza entre sus dos manos para besar los ojos. María los cierra para sentir sobre sus párpados el peso de dos mundos que la hacen mirar dentro de sí dos constelaciones de astros.

Palpita el misterioso ritmo de la noche en estos dos corazones traspasados de las resinas del amor. Y como si movidos por la respiración del silencio nocturno, enlazados por el talle, dos viñas trepadoras, regresaron lentamente al interior de la cámara de donde salieran poco antes. Dos lámparas de aceite vaciaban en el aire, con un bálsamo de olíbano, una amortiguada luz crepuscular.

Lázaro, impelido por imperativo impulso, desató la cabellera de María, por cuyas espaldas se descogió como una cascada de seda en manantial sin rumores. Luego desenlazó la fíbula de madre-perla que abrochaba la túnica por encima del pecho izquierdo. Abrióse la vestidura a modo de cáliz de azucena, dejando al descubierto el milagroso busto, hasta allí donde el cíngulo parecía ceñir y adelgazar la madura armonía de la lira de las caderas.

Sobre el encantado otoño de aquella piel frutal posó Lázaro sus manos, frescas de caricia. Fue atrayéndola hacia sí, reverente, con la lentitud verdiazul de la marea que Lázaro contemplaba en el diminuto fosforescente océano de la mirada de María.

Y en ese instante, cuando Lázaro deslizaba sus manos hacia las colinas que un fuego otoñal iba encendiendo ya, como si el sollozar de un éxtasis agitase su ser, retrocedió tres pasos: limpios, fúlgeos, como lavados en las aguas de todos los olvidos y de las eternas memorias, los bellísimos pies del Maestro rielaban con no marchito esplendor por sobre y por entre las hebras de aquella cabellera que los había enjugado ocho

años antes. El aire mismo pareció bañado en aceite de nardos, tanta fue su fragancia. Como si la aurora hubiese venido a postrarse de hinojos ante aquellos pies, el aposento se llenó de luz.

Lázaro cayó de rodillas, conmovido adorante: —Oh Maestro, vierte el Jordán de tu perdón sobre mi vida...

Una música de salterio se difundió sobre el aroma de nardos que embalsamaba el aposento.

*Evanston,  
Enero, 21, 32.*